

Josefa vive en el campo con su marido José. Sus hijos se han ido a la ciudad y se quedarán ahí.

Entonces, compra veinte gallinas. Serán su compañía.

Las gallinas son felices y cariñosas con ella.

Pero José piensa que no está bien tener un gallinero sin gallo. Y el gallo llega. Sin que Josefa ni su marido lo adviertan, el gallinero se alborota.

Hay enamoramientos, rivalidades, celos.

¿Perderá Josefa la compañía de sus queridas gallinas?

ISBN 978-987-4007-01-8



9 789874 007018



ilustraciones / Ariel Escalante

LA GALLINA ENAMORADA

Horacio Clemente



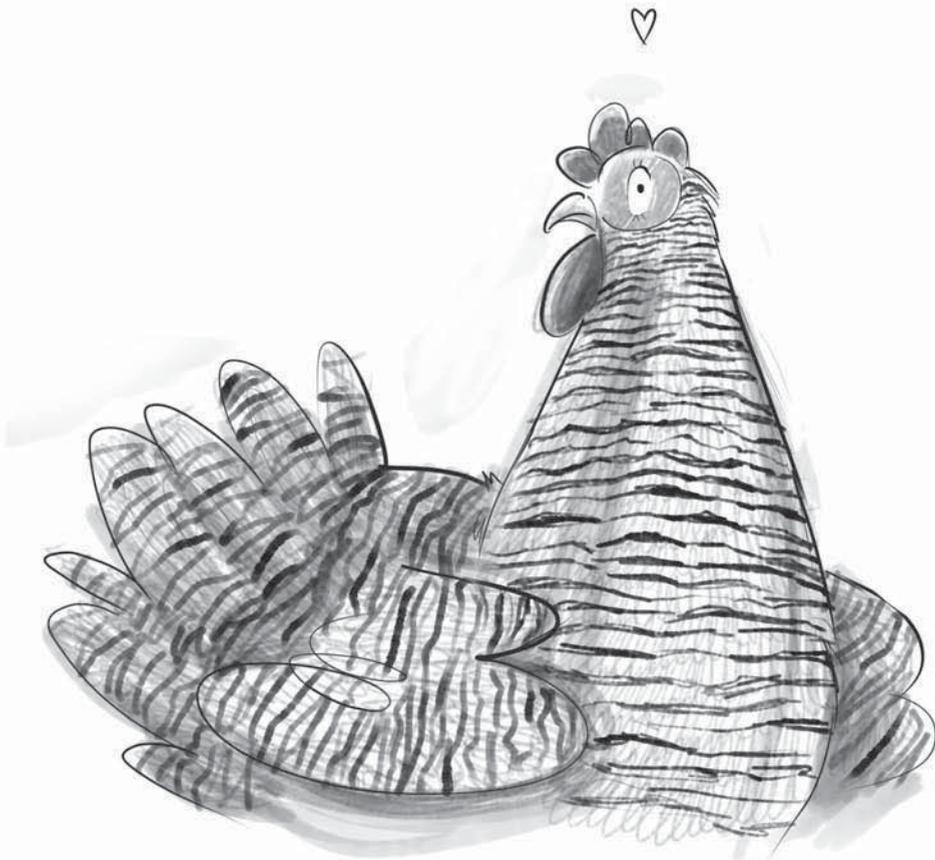
serie
ABRAZ
DE LET





Horacio Clemente

LA GALLINA ENAMORADA



EDITORIAL HOLA CHICOS
Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar
www.holachicos.com.ar

LA GALLINA ENAMORADA

Autor: Horacio Clemente
Ilustrador: Ariel Escalante
Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-01-8

Producción gráfica de 2.000 ejemplares realizada por Printerra SRL
Enero 2016

Clemente, Horacio

La gallina enamorada / Horacio Clemente ; ilustrado por Ariel Escalante. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2016.
80 p. : il. ; 24 x 17 cm. - (Abrazo de letras. Blanca)

ISBN 978-987-4007-01-8

1. Biblioteca Infantil y Juvenil. 2. Novela. I. Escalante, Ariel, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

© 2016 H ola Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.



ÍNDICE

Capítulo 1	
Un gallinero diferente	5
Capítulo 2	
La paz del gallinero	9
Capítulo 3	
La unión hace la fuerza	13
Capítulo 4	
El rincón de los recuerdos.	17
Capítulo 5	
El cacarear de las mañanas	27
Capítulo 6	
Gallinas cariñosas.	31
Capítulo 7	
Gallinas televidentes	35
Capítulo 8	
Entra el gallo en escena	39
Capítulo 9	
Se alborota el gallinero	43

Capítulo 10	
Vivir para comer	49
Capítulo 11	
La gran solución	55
Capítulo 12	
La nueva gallina	59
Capítulo 13	
La mañana del crimen	67
Capítulo 14	
No fue milagro	71
Capítulo 15	
Qué me dijo un científico	77
Sobre el autor	80

Capítulo 1

UN GALLINERO DIFERENTE



De todos los gallineros que conocí en mi vida, hubo uno muy especial. Cuando se construyó, tenía veinte gallinas y ningún gallo. Por supuesto que ese gallinero no estaba en la ciudad, estaba en el campo. Es muy difícil que en la ciudad haya alguien que hoy pueda tener un gallinero; en el campo, no. En el campo hay casas con varias habitaciones y mucho espacio, casas de una sola planta en medio de un extenso terreno donde los dueños plantan árboles frutales y construyen no solamente gallineros, sino también corrales para guardar algunas vacas u ovejas y chiqueros para criar y engordar cerdos.

Lo normal en esos gallineros es que si hay muchas gallinas, también haya tres o cuatro gallos. Por eso digo que ese gallinero que conocí, con veinte gallinas sin gallo, era muy especial.

El dueño de ese gallinero era un señor. Y la dueña era una señora. Ese señor y esa señora estaban casados; él se había casado con ella y ella con él.

Eran, por lo tanto, un matrimonio, y se llevaban muy bien; se querían, habían tenido hijos y esos hijos, una vez que crecieron, se habían ido a la gran ciudad,

no solamente en busca de trabajo, sino de alguien con quien casarse y, a su vez, tener hijos y formar una familia. Es decir, hicieron lo que hace gran cantidad de personas, hayan nacido en el campo o no: dejar la casa de sus padres e irse a vivir solos, encontrar trabajo, hacer su vida y hasta buscar una pareja, tener hijos y formar su propia familia. ¿Interesante, no?

Sí, muy interesante. Aunque más interesante no es contar lo que ocurrió con esos hijos, sino lo que ocurrió en ese gallinero. Y no afuera de él, sino adentro de él.

Para que la historia se entienda, sepamos antes que nada que el dueño del gallinero se llamaba José, y que la dueña, es decir la esposa de José, se llamaba Josefa. Josefa y José se sintieron muy aburridos cuando sus hijos se fueron a vivir a la ciudad; extrañaban a esos hijos y a veces no tenían con quien hablar y ni siquiera con quien pelearse. Entonces, compraron un televisor.

Ahora interrumpimos aquí para hablar, exclusivamente, del gallinero y de lo que sucedía en él.

* * *



Capítulo 2

LA PAZ DEL GALLINERO



Quienes creen que a las gallinas no les gusta mirar televisión se equivocan. Más adelante lo voy a demostrar. Por ahora, digamos que, en un principio, el gallinero aquel fue un ejemplo de paz y de felicidad, y que, en ese principio, en el gallinero había sólo gallinas; no había gallo. Esas gallinas estaban locas de contentas ahí. Sucedió que el señor José y la señora Josefa no vivían de vender gallinas; ambos tenían una buena jubilación y no necesitaban vender nada para recibir mes a mes algunos pesos que les alcanzaran para comprar comida, ropa, libros, remedios y películas o series para mirar en la televisión. Tampoco les gustaba comer gallinas. Una vez, de chico, el señor José, al comer un puchero de gallina que le había preparado su mamá, se atragantó con un huesito (creo que el de la suerte). Casi se ahoga y, una vez que la mamá pudo sacárselo de la garganta, justo al lado de las campanillas en donde se le había incrustado, el señor José, que todavía no era señor, sino niño, juró que jamás volvería a comer gallinas a medida que siguiera creciendo y llegara a cumplir ochenta o noventa años más. Y ahora, que el señor tenía sesenta y cinco, mantenía su juramento. A

la señora Josefa le causaba impresión ver a las gallinas peladas y despanzurradas como cuando se las prepara para cocinarlas luego de haberlas degollado, y también le daban lástima, así que tampoco las comía. Eso hacía que las gallinas no les tuvieran temor ni al señor José ni a la señora Josefa. Dejaban que entraran en el gallinero, dejaban que se les acercaran y dejaban que el señor José o la señora Josefa les dieran de comer en la mano. ¿Para qué querían la señora Josefa y el señor José tener un gallinero, entonces? Para tener huevos gratis. Y también para no sentirse tan solos ahora que sus hijos no vivían con ellos y porque, especialmente a la señora Josefa, les gustaba escuchar el cacarear de las gallinas.

¿Por qué cuento todo esto cuando podría evitarlo ya que no agrega demasiado a la historia? Para demostrar que, efectivamente, en ese gallinero había armonía y que en él llegó a reinar el amor. ¿El amor? Sí, el amor. Desgraciadamente.

* * *



Capítulo 3

LA UNIÓN HACE LA FUERZA



Lo que pasa es que nunca conviene hacerse tantas ilusiones. Las apariencias engañan. Les cuento que, al final, el gallinero no resultó tan lindo como parecía cuando uno lo miraba de afuera. La tormenta iba por dentro. Sin negar que las gallinas la pasaran bien y estuvieran suficientemente alimentadas, había un problema de competencia bastante serio. Y eso fue cuando apareció un gallo en el gallinero. Un gallo que llegó como tres meses después de que las veinte gallinas ya estuvieran instaladas ahí.

Ese gallo, del que ya les iré contando con más detalles cómo se comportaba, llegó al gallinero con la idea fija de que todas las gallinas le pertenecían. Era un machista y se creía con derecho a mandonear e imponerse.

Como ocurre con las personas, que los varones tienen más fuerza que las mujeres, los gallos tienen más fuerza que las gallinas. Es verdad también que algunas mujeres son más fuertes que algunos varones. Por ejemplo: una mujer que practique defensa personal o artes marciales, lucha libre o boxeo, será más fuerte que un pobre hombre que se pasa la vida sentado en una oficina o leyendo en la cama. Pero si una mujer

entrenada para el combate se enfrenta con un varón también entrenado para el combate, seguro que ganará el varón. Por eso, incluso en las competencias deportivas como natación, tenis, box, fútbol, karate, atletismo, etc., etc., los varones compiten solamente con varones y las mujeres con mujeres.

En un solo caso, digo yo, las mujeres pueden llegar a ganar contra un varón forzado, y es si se juntan unas cuantas para enfrentarlo.

Sigamos con el gallo.

Les adelanto que tenía dos vicios principales: era un glotón que, por más que comiera, se quedaba siempre con hambre, y era un conquistador de primera. No había gallina a quien no tratara de conquistar ni siquiera cuando ésta lo rechazaba enojada. Eso no hubiera sido demasiado malo si el gallo no hubiera sido tan enamorado.

¿Qué quiere decir enamorado? En el caso de este gallo, quiere decir que le gustaban todas. ¿Había sido así de nacimiento este gallo? ¿O fueron las circunstancias las que lo hicieron así? Me parece que si explico cómo se originó y fue creciendo el gallinero aquel, quizá podamos

responder estas preguntas. Aunque ahora creo que no: que contando cómo se originó y fue creciendo el gallinero, no voy a poder responder estas preguntas. De todas maneras, y por las dudas, lo contaré.

* * *

Capítulo 4

EL RINCÓN
DE LOS RECUERDOS



Cuando los hijos del señor José y la señora Josefa se fueron del hogar paterno y materno para hacer su propia vida y desarrollarse, la señora Josefa le dijo al señor José:

—Me siento muy sola. Con el único que puedo hablar es con vos y siempre nos decimos lo mismo: que la vida está cara, que hay que tener cuidado con los ladrones, que mañana va a llover y que el presidente se fue de viaje. Si es cierto que ya estamos grandes para tener más hijos; ¿por qué no tenemos gallinas?

—¿Vas a hablar con las gallinas, acaso?

—No; serán una compañía para mí, y también para vos. Algo en que ocuparnos; darles de comer, hacerles un lindo gallinero con un nido para cada una; recoger los huevos que pongan, llamar al veterinario si se enferman, escuchar cómo cacarean...

—Mejor me parece que cambie el televisor; el que compramos es un poco anticuado, de bulbo, y abarca pocos canales. Un led de última generación como los que hay en las ciudades. Con ése vas a tener mucho para mirar y no te vas a aburrir.

El señor José fue contundente, no argumentó más y compró un led de varias pulgadas como para ocupar media pared del comedor. No compró gallinas ni instaló el gallinero.

El televisor no sirvió de nada. Sucedió que al señor José le gustaban las series y películas de acción, esas de guerra, de mafias, de accidentes, de explosiones, de peleas, de traiciones y de asesinatos. En cambio, a la señora Josefa le gustaban las series y películas de amor, las románticas.

—Vos te acaparás el televisor, pasás mirando esas porquerías que te gustan y a mí si apenas me quedan cuatro o cinco horas seguidas para mirar lo que quiero. Así no vale —le dijo un día la señora Josefa al señor José.

Entonces, el señor José compró otro led. Lo puso en el dormitorio.

—Así vas a tener para mirar lo que quieras. Te metés temprano en la cama y mirás el tiempo que se antoje todas esas telenovelas de amor sin que vos me molestes a mí ni yo a vos.

Aparentemente, el conflicto se había resuelto. Solamente por unos meses. Un día en que el señor José